

San Andrés, procuremos imitarle en aquella fé que le condujo al martirio. Hoy tambien la religion perseguida necesita de apóstoles que la defiendan. Seámoslo nosotros, combatiendo unos con la palabra, otros con el buen ejemplo de su vida las doctrinas de la impiedad y del error. Si así lo hacemos, seremos tambien dignos discípulos de Jesucristo, y la recompensa de nuestra fidelidad á su celestial doctrina, será la posesion de la bienaventuranza de la gloria. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN BENITO, ABAD Y FUNDADOR ⁽¹⁾.

Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.

Act. cap. VII, v. 20 y 22.

SEÑOR:

No me es nuevo el ejercicio de anunciar la palabra divina, pero al presente confieso que desearia estar adornado del profundo ingenio de un San Juan Crisóstomo, y de la dulzura que fué como un patrimonio exclusivo del Santo Abad del Clarabal, Bernardo. Ojalá me fuese dado imitar á los Bossuets y Masillon, preclaros oradores de la Francia, ó que mi corazon estuviese inflamado por el celo tan laudable como santo que hicieron notables á nuestros insignes varones fray Luis de Granada y de Leon, de cuyos lábios brotaron rico venero de elocuencia, y que al par que campeones intrépidos de la religion, fueron prez y gala del habla castellana. Y no porque redundasen

(1) Pronuncié este discurso á presencia de S. M. el Rey y del Capitulo de Caballeros de Calatrava, en la iglesia de Comendadoras de la misma órden, en Madrid el 21 de Marzo de 1863.

en propia gloria tales dones, ni porque aspire á aplausos que como el humo se disipan, sino porque hablar en presencia del Monarca, á nada menos obliga que á narrar la verdad en claro estilo, á usar con elegancia las bellezas del buen decir, y á mostrarse tan florido como elocuente.

Desgracia es que para la presente festividad no se hallan tenido en cuenta tales circunstancias, que de no haberlas dejado pasar desapercibidas, resonaria aquí en estos momentos la voz de alguno de los preclaros oradores que gozan de alta reputacion en nuestra corte. Pero es preciso llenar el compromiso contraido, y lo haremos con la mayor voluntad sino con el mejor acierto.

Ni creais los que tal vez sin saber por qué habeis entrado en este templo, que esta fiesta á la que asiste la Real y distinguida órden y caballería de Calatrava, presidida por S. M. el Rey, tenga por objeto celebrar la memoria de algun conquistador ilustre, que venciendo en cien batallas á los enemigos de la patria, se ha hecho acreedor al elogio de los buenos. Otros lugares están destinados para preconizar los méritos de los insignes patricios que como guerreros, filósofos ó poetas dieron días de gloria al suelo que les vió nacer. Nuestras ilustres academias y liceos llenan cumplidamente su deber en esta parte. En la casa de Dios, tan solo nos es lícito narrar las glorias de aquellos que á Dios dirigieron sus talentos, y que despreciando las honras mundanales, trabajaron para gloria del Señor y para beneficio de todos aquellos que procuraron la mas útil de las enseñanzas.

Entre la multitud de estos varones insignes que supieron sacrificar su reposo por tan santos objetos,

destaca una figura de colosales proporciones, un hombre lleno de sabiduría que fundando toda su ciencia en el sólido cimiento del temor santo de Dios, fué un Moisés que supo guiar multitud de almas por los caminos de la perfeccion á la tierra prometida de la gloria. Hablo de Benito, el ilustre Patriarca de las órdenes monásticas en Occidente.

Siendo una verdad bíblica que á los padres nunca mejor se les conoce que por los hijos, como asimismo que el mérito del hijo es la mayor gloria del padre, suficiente me sería para manifestar las glorias de San Benito, dar una ojeada histórica, no ya á la multitud de héroes que retoños de tan fecundo tronco han dado días de gloria á la religion y á los estados, sino tan solo al ilustre y militar órden de Calatrava que por Padre le reconoce, en el hecho de dirigirse por su regla. Pero no; hoy hemos de fijarnos en los hechos del Padre para honor y gloria de los hijos, y pocos esfuerzos serán suficientes para ver en San Benito un Salomon que recibió la sabiduría del cielo, y un Samuel que la derramó cual noción santa sobre la tierra: Un varon insigne, que cual el legislador del pueblo de Dios aprendió la ley elevando su corazon y sus ojos al cielo en el monte santo y que supo explicarla con el espíritu de un Edras: un ángel, en suma, que elevándose en alas de su caridad sube hasta los cielos sin precipitarse como Luzbel, sin cegarse como Adan, y sin seducir como Ananias á la ciudad de Dios. Espíritu gigantesco que en época del mas profundo oscurantismo supo estender un rico y abundantísimo venero de evangélica civilizacion, trabajando con asiduidad en beneficio de sus semejantes.

Descubramos de una vez la idea sobre la que ha de basar el presente panegírico. San Benito empleando rectamente las claras luces de sabiduría que plugo al Eterno concederle, supo corresponder á la gracia, siendo el reformador de su siglo, y su consumado maestro de la perfeccion cristiana.

Antes de pasar á desenvolver estas ideas suplico á la magestad de la tierra la indulgencia: á la Magestad del cielo sus divinos auxilios y á la Reina de los ángeles y de los hombres, su poderosa intercesion. *Ave María.*

PARTE UNICA.

SEÑOR:

Si hubiésemos de pintar un cuadro que nos representase al vivo el estado religioso, político y social, que el mundo presentara, cuando sonó en el reló de la Providencia la hora señalada para que empezasen á tener cumplimiento los antiguos vaticinios en órden á la reparacion de la humanidad, tendríamos que emplear los mas negros colores. En cuanto á religion, solo en un rincon de la judea era reconocido y adorado el verdadero Dios. El resto de la humanidad era idólatra, y ciudades tan importantes como Roma y Atenas, erigian altares á ídolos que representaban los mas asquerosos vicios, y ante los cuales quemaba incienso y doblaba la rodilla una sociedad abyecta y envilecida. Si fijamos nuestra vista en la capital del mundo, retrocederemos espantados al presenciar aquellas horrosas hecatombes, en las que la sangre humana corria con abundancia, entre los

aplausos de un numeroso pueblo que distaba tanto de la verdadera civilizacion como la luz de las tinieblas. Familias sin verdaderos vínculos, individuos sin dignidad, las leyes sin sancionar, la propiedad sin garantía, la virtud desconocida y el vicio en los altares, hé aquí el mundo en la época á que nos referimos.

Entonces cayó en la tierra de los grandes prodigios y en el seno de un pueblo, tan favorecido de Dios, como ingrato y rebelde á sus beneficios, un grano de mostaza que habia de convertirse en corpulento árbol, ó sirviéndome de la feliz espresion de un sábio, una gota de agua, de la cual apenas hubiera podido beber un pájaro, pero destinada á convertirse en un dilatado océano. Dejemos las figuras. Entonces nació Jesus, hijo de Dios, Dios mismo, que envuelto en los velos de su misericordia, se hizo hombre para salvar al hombre: fué el mismo que mas tarde pronunció unas palabras que solo de sus lábios pudieran haber salido: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.* Su nacimiento estuvo rodeado de prodigios, no obstante haberse verificado en la oscuridad de una gruta. Crece en el seno de una familia ilustre por la sangre, pero mas por la santidad, no obstante hallarse reducido á un estado de pobreza y grandes privaciones. Este Jesus era el Mesías por tantos siglos suspirado; el objeto y fin de su venida, civilizar el mundo por medio de una doctrina celestial y hasta entonces desconocida, y abrir al hombre por medio del sacrificio de su vida las puertas de los cielos que permanecian en perpétua clausura para la humanidad desde el crimen de Edem.

En efecto: el divino mártir del Gógotha recorrió durante los tres años postreros de su vida los pueblos de la Judea, poniendo los cimientos á la civilizacion

evangélica que habia de hacer mudar la faz al universo. Antes de su feliz y dichoso advenimiento, el mundo habia admirado grandes hombres, en los que la virtud, y hasta la heroicidad, resplandecieron sin haber tenido otra guía que las reglas del buen sentido. Sócrates habia dado admirables lecciones de moral en Atenas, las que fueron reproducidas por Platon, en aquellos diálogos leídos siempre con tanto placer por los hombres amantes de las letras. Ciceron habia escrito su precioso libro *De officiis*, y Séneca y Marco Aurelio y otros muchos, aprendieron á ser lo que fueron con su asidua y constante asistencia al Pórtico y al Liceo. Pero por ventura, ¿enseñaron aquellos maestros de moral humana á volver bien por mal, á ejercitar la paciencia en el infortunio, á tener el suficiente valor y la hermosa abnegacion que es necesaria para ahogar en el pecho los impulsos de la venganza, perdonando con caridad, y por último, á sacrificarse en alas de aquella virtud por la felicidad de sus semejantes? Esto es lo que enseñó Jesucristo, y lo que han sabido practicar los verdaderos cristianos, que convencidos que no es la virtud estóica la que salva, han sabido edificar sobre sólidos cimientos encerrando y compendiando todas las virtudes en el precioso círculo de la caridad. Amor de Dios y amor de los semejantes.

Jesucristo hizo este llamamiento á los hombres: «Aprended de mí.» Luego San Pablo, celoso predicador de su doctrina, se dirige á los fieles de Corinto y esclama bajo el testimonio de una conciencia tranquila: «Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo.» Hed aquí tambien la voz que hoy os dirige, ilustres caballeros, vuestro Padre San Benito: «Sed mis ini-

tadores, y en la virtud encontrareis vuestra mayor grandeza.»

¿Y cómo obrásteis, oh ínclito protector y propagador de las órdenes monásticas en Occidente? Su vida es, Señor, un precioso libro de celestial enseñanza. Dios le habia dotado de claras luces y excelente ingenio, y solo cuenta doce años de edad, cuando en Roma se hace notable por sus rápidos progresos en las humanas letras. No se infatuó ni aspiró por momentáneos aplausos ni por esa reputacion que justamente adquieren los sábios que no dejan estraviar sus ideas. La Providencia habia señalado á Benito designios que aun él ignoraba. Habia de reformar su siglo, siendo al mismo tiempo un maestro consumado de la perfeccion cristiana. De él habia de poder decirse un dia como de Moisés: *Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.*

La capital de Roma presentaba en los días de Benito grandes atractivos para cualquier otro jóven no dotado de la grandeza de alma de este nuevo Samuel. Pero el que podia haber aspirado á una posicion elevada y distinguida por descender de cónsules y senadores romanos, fija su vista en el cielo, anhela por la grandeza que no concluye, sino que se robustece al otro lado del yerto sarcófago, y huyendo precipitadamente de una sociedad viciada á la voz de un impulso de su corazon, cual Lot huyera á la voz del ángel de la ciudad sentenciada con otras á la devastacion, se sepulta en el desierto de Sublago á quince leguas de Roma.

Figuraos por un momento un lugar casi inaccesible, lleno de peñascos escarpados, cuyas puntas parecian quererse confundir con las nubes y donde á

cada paso se observaban espantosos precipicios cuya vista espanta al hombre de valor mas gigantesco: Donde voz alguna se oia, ni aun el trino armonioso de las matizadas aves, que huyendo de un terreno árido é infecundo, buscarian para alimentarse y entonar sus festivos cánticos, amenos prados ó jardines perfumados por las flores y adornados por encantador follaje. Tal es, llamémosle así, la sepultura del gran Benito: allí es donde practica las mas ásperas penitencias y donde abrasado por el fuego de la caridad que ardía en su corazón hubiera terminado sus días, si Dios no hubiera dispuesto colocarle en el candelero de su Iglesia, para que fuese en sus días un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

Mas hay, que el hombre puede huir de los encantos de la sociedad, puede abandonar cuanto posee en su deseo de practicar los consejos evangélicos cuando aspira á mas que á la santidad esencial, es decir, cuando es llamado por Dios á la santidad heroica: pero no puede huir de su corazón: el gérmen del pecado, las pasiones que combate, la carne que se revela, acompaña al hombre aún á la misma soledad, y he aquí el motivo de los lamentos de un San Gerónimo, que al tiempo que golpeaba su pecho con la piedra, y cuando solo le restaban los huesos y el pellejo por sus continuos y rigurosísimos ayunos, se sentía que su imaginación divagaba, llevando su espíritu á su pesar al centro de la sociedad y al recuerdo de las bellas matronas que formaban el encanto y el orgullo de las reuniones de Roma. Nada puede el hombre por sí mismo, porque es pobre, es miserable y está revestido de una naturaleza enferma:

pero todo lo puede con la gracia, todo le es fácil, como decía San Pablo, en aquel que al hombre conforta y favorece. Así triunfó Gerónimo de todas las pasiones, y así supo Benito hacer de su corazón un baluarte que á pesar de ser tenazmente sitiado por las astucias del tentador maligno, no pudo ser vencido.

En su soledad es encontrado por Romano, monje de grandes virtudes, el cual se admira al contemplar las de Benito, al que entrega un hábito de monje, y socorre semanalmente con algunos fragmentos de pan. El mundo se hubiese admirado al ver á un jóven de las prendas de nuestro héroe, revolcándose desnudo sobre una zarza de las mas espinosas, para librarse de una tentación violenta que amenazara concluir con su inocencia. Pero Dios acepta obra tan penal y meritoria, y la recompensa concediéndole el singular privilegio de que no volviese á experimentar en adelante tentación alguna de concupiscencia.

Las noticias del monje y la fama de sus virtudes salieron del desierto y con rapidez se propagaron. Multitud de personas acudian al desierto para recibir sus consejos, consultándole sobre asuntos espirituales y temporales, y se volvian á sus hogares bendiciendo á Dios que se hace admirable en sus escogidos.

Dios que dá su gracia á los humildes al tiempo que resiste á los soberbios del mundo, ensalza al que se humilla y abate y humilla al que procura ensalzarse. Así nos lo dicen las sagradas letras. Absalon en su deseo de gloria mundana se reveló contra su padre, queriendo usurparle el trono que legítimamente ocupaba, y Dios humilló su soberbia, haciéndole morir enredado por los cabellos en las ramas de